

Letras al vuelo.

Un panorama de la literatura mexicana a 35 años de la UAM*

Alejandro de la Garza Munguía

I. ATMÓSFERA LITERARIA

La respuesta del gobierno de Luis Echeverría a la crisis política y cultural de 1968 fue la llamada apertura democrática. Como parte de ella se impulsó la expansión de la educación superior en los años setenta. Abrieron sus puertas entonces los Colegios de Ciencias y Humanidades y se extendieron las Escuelas de Estudios Profesionales como Acatlán. Pero la acción más trascendente fue la fundación de la Universidad Autónoma Metropolitana con sus tres unidades. El doctor Alonso Fernández González fue el primer rector de la Unidad Iztapalapa, la cual inició sus actividades en septiembre de 1974. El rector de la Unidad Azcapotzalco fue el doctor Juan Casillas García de León y el de la Unidad Xochimilco el doctor Ramón Villarreal Pérez, ambas unidades iniciaron la actividad docente en noviembre de 1974.

El transcurso del movimiento estudiantil de 68, su trágico final más sus consecuencias y repercusiones habían quedado registrados literariamente en cuatro libros clásicos. Las novelas *Los días y los años*, de Luis González de Alba, y *El apando*, de José Revueltas; más las crónicas de *Días de guardar*, de Carlos Monsiváis (todos volúmenes de 1970), y el emblemático testimonio coral *La noche de Tlatelolco* (1971), de Elena Poniatowska. ¿Pero cuál es la atmósfera literaria en ese año fundacional de la UAM? Abrevio datos reveladores: el Premio Nacional de Literatura 1974 fue para el poeta Rubén Bonifaz Nuño y en 1975 para el prolijo escritor Francisco Monterde. En 1973 correspondió a un autor reconocido por su narrativa, pero repudiado por su

actuación como secretario de Educación Pública: Agustín Yáñez. De 1970 a 1972 lo obtuvieron Juan Rulfo, Daniel Cosío Villegas y Rodolfo Usigli. En 1976 el premiado fue Efraín Huerta, en 1977 el reconocimiento fue para otro poeta, Octavio Paz, y en 1978 para Fernando Benítez. En 1979 y 1980 los reconocidos fueron Juan José Arreola y José Luis Martínez.

Todos ellos fueron maestros anteriores a la llamada Generación de Medio Siglo (Inés Arredondo, Huberto Bátis, Juan Vicente Melo, Sergio Pitol, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, José de la Colina, Elena Garro, Jorge Ibargüengoitia, Tomás Segovia, Sergio Fernández, Beatriz Espejo, entre otros), también conocida como Generación de la Casa del Lago, cuyos integrantes continuaban en esos años su proceso de creación literaria, iniciado hacia finales de los cincuenta influido por el *nouveau roman français*, con la intención de alejarse del provincialismo y de la narración lineal convencional. Salvador Elizondo publicó *El grafógrafo* en 1972 y vio editada en 1975 su *Antología personal*. Juan García Ponce se hallaba enfrascado en sus estudios estéticos sobre la plástica mexicana y sobre Pierre Klossowsky (1975) y en su investigación literaria sobre Robert Musil. Juan Vicente Melo tenía en su haber la enigmática novela *La obediencia nocturna* (1970) y se mantenía como crítico literario y musical. En 1975 se editó el ensayo *De Jane Austen a Virginia Woolf*, de Sergio Pitol, en tanto *Material de los sueños*, de José Revueltas, publicado en 1974, fue el último libro del radical artista duranguense quien fallecería dos años después.

Al extenderse la educación superior se amplían también el mercado editorial nacional y el número relativo de lectores jóvenes. A todo ello se añaden, en la segunda mitad de la década, los afanes cesaristas del presidente López

* Premio *Casa del Tiempo* 2009. Mención Honorífica, categoría Ensayo Crítico-Literario.

Portillo y su administración de la efímera abundancia petrolera, lo que genera recursos para importantes acciones culturales.

Frente a las ediciones oficiales del Fondo de Cultura Económica y Sep-Setentas, y los tirajes masivos de la UNAM, subsisten casas editoras como Porrúa, Joaquín Mortiz, Diana, Siglo XXI de Alejandro Orfila, Novaro, Editores Mexicanos Unidos y editorial Diógenes de Emmanuel Carballo, a las cuales se suman otras independientes como Nueva Imagen, Premià y Era. Al tiempo continúa la exportación de libros mexicanos y la circulación aquí de libros argentinos de la memorable Editorial Sudamericana, la económica Siglo XX de Buenos Aires y las ediciones puntuales de la colección Austral, además de ediciones chilenas y colombianas y traducciones de obras del inglés (Mailer y Capote) y europeas (Pavese, Beckett, Kundera, Schwob, Enzensberger, Cioran). Ello da cuenta de un mercado editorial diverso, heterogéneo e interconectado, que incluía varias editoriales españolas de alcance limitado –Salvat, Planeta, Bruguera–, pero que se extenderían con avidez corporativa por el continente tras la dictadura franquista.

Otros escritores están en plena producción: Jorge Ibarregüen publica *Estas ruinas que ves* en 1975, *Las muertas* en 1977 y prepara *Dos crímenes*, que llegará a librerías en 1979. *Palinuro de México*, de Fernando del Paso, se edita

en 1977, al igual que *Amor perdido* de Carlos Monsiváis. José Emilio Pacheco publicó *Islas a la deriva* en 1976. La farsa escénica *El censo*, de Emilio Carballido, se editó en 1978. Sergio Galindo publicó *¡Oh hermoso mundo!* en 1975, su célebre cuento *El hombre de los hongos* en 1977 y *Este laberinto de hombres* en 1979. El poemario de Eduardo Lizalde *Caza mayor* también es de ese año, al igual que las crónicas de *Fuerte es el silencio*, de Elena Poniatowska.

En ese último tercio del siglo viejo la transformación de la sociedad y sus cambios demográficos impulsaron también modificaciones en el ámbito de las ediciones de periódicos, revistas y libros. La herencia de las revistas literarias (procedente del siglo XIX) tuvo continuidad en revistas como *La Palabra y el Hombre*, de la Universidad Veracruzana; *La Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, y otras publicaciones académicas. Fuera de las instituciones de educación superior abrieron senda en los años cincuenta *La Revista Mexicana de Literatura*, de Emmanuel Carballo y Carlos Fuentes, y en los años sesenta *El corno emplumado* y *La espiga amotinada*, además de la revista *Plural* encabezada por Octavio Paz en aquel *Excelsior* que llegaría hasta mediados de los setenta. Destacan también los suplementos *México en la cultura* y *La onda* del periódico *Novedades*, *Diorama de la cultura* del mismo *Excelsior*, el indispensable *La cultura en México*, suplemento



de *Siempre!*, coordinado por Carlos Monsiváis durante tres lustros a partir de 1972, y *El gallo ilustrado* del periódico *El Día*.

Una acción represiva del gobierno de Luis Echeverría cierra su sexenio y marca esa década: el despojo a la cooperativa del diario *Excélsior*. En 1976, la eclosión provocada por este golpe presidencial forzó la diáspora de talentos y la búsqueda de nuevos espacios editoriales. Con ese impulso enérgico se abren paso en 1976 la revista *Vuelta* –continuación de *Plural*–, de Octavio Paz, donde colaboran entre varios autores Gabriel Zaid, Hugo Hiriart, José de la Colina, Roger Bartra, Guillermo Sheridan, Adolfo Castañón y Alberto Ruy Sánchez. Se sucede también la aparición en 1977 del diario *Uno más Uno* con su polémico suplemento *Sábado* dirigido por el hipercrítico Huberto Bátis. Al año siguiente aparece también la revista *Nexos* dirigida por Enrique Florescano y encabezada por Pablo González Casanova, Luis Villoro, Ruy Pérez Tamayo, Carlos Pereyra, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Gilberto Guevara Niebla y José María Pérez Gay, entre otros intelectuales y escritores.

El testimonio del despojo padecido por aquel grupo del *Excélsior* es novelado por Vicente Leñero y publicado en 1978 con el título *Los periodistas*. Un veinteañero José Joaquín Blanco ha publicado ya dos libros de referencia en la historia literaria y cultural de México, *Crónica de la poesía mexicana* de 1976, y *Se llamaba Vasconcelos* de 1977, además de su poemario *La ciudad tan personal* (1976) y su novela *La vida es larga y además no importa* (1979). Por su parte, Agustín Ramos publicó en 1978 su novela militante *Al cielo por asalto*.

En cuanto a los autores de esa ilusión llamada “literatura de la onda”, José Agustín había dado la puntilla a esa clasificación con la más radical novela de la especie, *Se está haciendo tarde (Final en Laguna)* de 1973, con la cual cierra ese ciclo. Le siguió la publicación de *El rey se acerca a su templo* (1977), mientras Gustavo Sainz, quien había obtenido el Premio Mazatlán en 1974 con *La princesa del Palacio de Hierro*, editó en 1977 *Compadre Lobo*. En 1972 Parménides García Saldaña publicó en editorial Diógenes su libro de ensayos *En la ruta de la onda*, una suerte de historia de las sensibilidades estadounidenses y mexicanas en el siglo xx; en Joaquín Mortiz publicó en 1975 *Mediodía*, un híbrido irregular conformado por canciones, poemas, prosa poética, relatos, poesía narrativa, minificciones, textos pop y demás retacería escritural.

En 1977 Luis González de Alba publicó *Y sigo siendo sola*, donde toca la temática gay, pero el libro referencial sobre el tema por su originalidad y arrojo, por su técnica narrativa y por abrir en definitiva esta temática a la litera-

tura mexicana es *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata, publicado en 1979.

Desde luego, sobresalen en esos años el poemario *Vuelta* de Octavio Paz, editado en el 1976, y su imprescindible ensayo *El ogro filantrópico* de 1979.

A mediados de los setenta en nuestra atmósfera literaria flotaban aún los restos del denominado *boom* latinoamericano: Carlos Fuentes recogió en 1975 un rumor telúrico a varias voces para recontar la génesis y el desarrollo de la *Terra nostra* con “el lenguaje como epifanía y fundación”; luego, en 1978, editó *La cabeza de la hidra. El otoño del patriarca* de García Márquez es de 1975 y de 1976 la recopilación de sus cuentos. Mario Vargas Llosa vio *Pantaleón y las visitadoras* publicado en 1973 y su clásico *La tía Julia y el escribidor* editado en 1977. En 1974 Julio Cortázar publicó los cuentos de *Octaedro* y en 1977 los de *Alguien que anda por ahí*, mientras *Un tal Lucas* y *Territorios* aparecen en 1979. Juan Carlos Onetti publicó sus *Cuentos completos* en 1974 y en 1979 *Dejemos hablar al viento*. Borges publicó varios libros de 1974 a 1979: *El Libro de arena*, el poemario *La moneda de hierro* y *El libro de los sueños*, además de *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* –junto con Adolfo Bioy Casares–, y su *Breve antología anglosajona*, de 1978.

El Premio Nobel de Literatura fue en 1974 para el sueco Eyvind Johnson, en 1975 para Eugenio Montale, en 1976 para Saul Bellow, en 1977 para el poeta español Vicente Aleixandre y en 1978 para el narrador judío-polaco Isaac Bashevis Singer. El griego Odysseas Elytis y el polaco Czeslaw Milosz lo recibieron en 1979 y 1980.

Un libro detonador, *Asamblea de poetas jóvenes de México*, coordinado por Gabriel Zaid y editada por Siglo XXI, apareció en 1980 con poemas de 164 autores nacidos entre el 1950 y 1962, pero lista además un censo de 314 poetas con al menos un poema publicado hasta enero de 1980. La obra anunciaba ya el arribo de una nueva generación de autores que se vería reflejada en las editoriales, las publicaciones culturales y los libros de los años siguientes.

En septiembre de 1980 sale a la luz el primer número de la revista *Casa del Tiempo*, de la UAM, para “dar voz y brindar un espacio a los autores y creadores, tanto de la universidad como externos a ella”.¹ El escritor y lingüista Carlos Montemayor dirige este esfuerzo y señala en su número de apertura la intención de dar lugar primordial al conocimiento artístico: “Al lado del conocimiento científico, humanístico y técnico, el artístico completa el radio del conocimiento humano, la suma del conocimiento que la sociedad tiene de sí misma y de su mundo”.

Así las cosas, la década de los años setenta se cierra con muchas promesas en el aire, tanto en lo económico y social como para la cultura y la literatura de nuestro país.

Nuevos autores y nuevas publicaciones, más editoriales y la apertura de posibilidades y espacios para la literatura parecían abonar el camino hacia un promisorio futuro.

2. DESENGAÑOS OCHENTEROS

La literatura mexicana entra a los años ochenta impulsada por una década de intensa y multiplicada actividad. La oferta literaria mexicana y sus variados autores, los ensayos y estudios, los poemarios, las indagaciones críticas y los extractos de obras en proceso, así como numerosas muestras de un logrado periodismo literario toman por asalto los suplementos, las revistas y las editoriales. Una legión de nuevos escritores mexicanos comenzaba a publicar.

No aseguro que aquellos años fueran un paraíso editorial y literario, pero sin duda lucen optimistas contrastados con los problemas sucedidos a partir de la crisis de 1982. De golpe, otra vez, la crisis dificultaba las tareas editoriales y literarias: cerraron varias de las casas editoras subsistentes y el precio del papel se disparó junto con los costos del proceso de impresión. Entrábamos a la primera de las décadas perdidas, al largo túnel de la bancarrota nacional... ¿ya salimos?

Durante el primer lustro de los ochenta se mantienen produciendo autores ya consolidados como Alí Chumaceiro, Marco Antonio Campos, Adolfo Castañón, Francisco Pérez Arce, Héctor Manjarrez, Hernán Lara Zavala, Jorge Aguilar Mora, David Huerta, Alberto Ruy Sánchez, Ethel Krauze, David Martín del Campo, Silvia Molina, Jaime del Palacio, Enrique Serna, Luis Zapata, Fernando Solana Olivares, Álvaro Ruiz Abreu, Juan Villoro, los poetas Ricardo Castillo, Eduardo Hurtado, Verónica Volkov, Coral Bracho, Elva Macías, Antonio del Toro y Víctor Manuel Mendiola, entre otros. Pero la generación curtida en la ardua escuela de las crisis recurrentes del país se espiga ya con nuevas aportaciones literarias. Una renovada narrativa urbana, la indagación memoriosa y desencantada del pasado, la crítica moderna y afilada, y tan refinado como desesperanzado trabajo poético: Luis Miguel Aguilar, José María Espinasa, Rafael Pérez Gay, Vicente Francisco Torres, Sergio González Rodríguez, Fabrizio Mejía Madrid, Evodio Escalante, Roberto Vallarino, Javier García Galiano, Pablo Soler Frost. Todos autores nacidos en los años cincuenta y ya identificados como la Generación de la Crisis, iniciarían entonces la publicación de sus relatos y ensayos, novelas, crónicas urbanas, textos críticos y de periodismo literario.

El reto de sacar de los guetos intelectuales y el ámbito cerrado de la academia la discusión y la crítica literaria, y a la vez mantenerse equidistante de la superficialidad de cierto periodismo cultural diario, del reseñismo de compromiso y la crítica a modo, empieza a fructificar en esos

años. La crítica literaria independiente abandona también pesados aparatos intelectuales y fórmulas metodológicas herméticas e incomprensibles para volverse menos cifrada, más inteligente y conversada, accesible y genuina sin perder rigor ni profundidad y esforzándose ante todo por ganar en talento y calidad.

Sin embargo, el explosivo y creciente alcance de los medios de comunicación, en particular de la televisión, con su discurso monocorde, banal o manipulador, y su afán de avasallar el tiempo libre y penetrar en los sistemas de educación y enseñanza con la sobrevaloración de la imagen como realidad única e incontrovertible, hacían más patente en esos años la necesidad de mantener espacios de reflexión, crítica y creación independientes. Estas acciones intelectuales y culturales resultaban vitales para un país en crisis económica y con su ciudad capital devastada en 1985 por un terremoto que recrudeció las condiciones de vida de la masiva sociedad urbana.

En esta ruta crítica y a pesar de los complicados tiempos, las editoriales importantes resisten y tratan de sobrevivir creando nuevas colecciones, mientras a pesar de los escasos recursos se constituyen otras editoriales: Océano, Cal y Arena, Ediciones Castillo, Heliópolis, Vuelta así como buena cantidad de editoriales independientes como El Tucán de Virginia y La máquina de escribir, o editoriales académicas como la de la UAM. Se consolidan en esa década nuevas tendencias literarias como la llamada “literatura del desierto”, que tiene sus más acabados representantes en Jesús Gardea, Ricardo Elizondo y Severino Salazar; impulso extendido luego a la narrativa de la frontera o del norte con escritores originales como Daniel Sada, Luis Humberto Crosswhite, Eduardo Antonio Parra, Joaquín Hurtado y Élmer Mendoza, quienes habían tenido su pionero en el tijuanaense Federico Campbell (1941), quien publicó en 1979 su clásico *Pretextos*. La crónica urbana cobra también apogeo en años de la sociedad de masas, junto con la novela política, el realismo y la ficción. Se empieza además a perfilar la narrativa sobre el narcotráfico y se persiste en la poesía con autores como Silvia Tomasa Rivera, Carmen Boullosa, Margarito Cuéllar, Rafael Vargas, Javier Sicilia, Francisco Hernández y más.

Al cierre de esos años terribles, una nueva crisis se vislumbra, esta vez política. Luego de unas elecciones cuestionadas, el régimen de Carlos Salinas crea el Consejo para la Cultura y las Artes, de donde se derivarán cuantiosos premios literarios, reconocimientos a autores y las muy importantes becas para creadores jóvenes o consolidados a través del Fondo para la Cultura y las Artes. Todo ello contribuirá a dar un nuevo impulso (si bien efímero) a las actividades culturales y literarias al iniciarse la década siguiente.

En la década de los noventa las renovadas promesas de modernización de la industria editorial se tradujeron en la apertura al ingreso de más y más libros españoles, la llegada de corporativos editoriales que comenzaron a devorar a las editoriales mexicanas, el auge de los premios literarios extranjeros, la internacionalización de algunos autores mexicanos, la promoción mercadotécnica y la tendencia a escribir ya, como por decreto, para un mercado global. Los avances tecnológicos vertiginosos también contribuyeron a la evolución de esa industria editorial que se había mantenido más o menos cerrada, con sus procesos y casas editoriales locales sobrevivientes a pesar de fuertes deformaciones, como el monopolio estatal en el tiraje de los libros de texto gratuito, que impide a editoriales privadas acceder a ese amplio mercado.

Luego de su primera etapa de 1980 a 1991, la revista *Casa del Tiempo* de la UAM entra en una segunda época, cuando “emprendió una viraje hacia las disciplinas humanísticas y sociales, hecho que hizo más visible la participación de académicos y especialistas provenientes en su mayoría” de esta institución, “pero sin renunciar a los enfoques sustentados en la literatura y el arte”.

Los años noventa registran también cambios en las tendencias literarias. Continúa la crítica de las obras de nuestros escritores mayores, de la Generación de Medio Siglo y de la Generación de la Crisis, pero ya se suman los nacidos en los años sesenta: los autoproclamados del *Crack*: Jorge Volpi, Ricardo Chávez Castañeda, Eloy Urroz, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou y Vicente Herrasti, con una narrativa singular que busca salir de las fronteras (y limitaciones temáticas) del país, para enfocarse en asuntos más universales. Destacan además, en otra vertiente, el narrador de intensidades corrosivas que es Guillermo Fadanelli, las escritoras Cristina Rivera Garza y Ana Clavel, además de Héctor de Mauleón, Álvaro Enríque, David Toscana y, en la crítica sistemática y creativa, Roberto Pliego, Christopher Domínguez Michael y Vicente Francisco Torres entre más y más autores.

La difusión y la crítica literaria retornan con frecuencia a los clásicos, pero se enfocan además en autores extranjeros, de los españoles Vila-Matas, Muñoz Molina, Pérez-Reverte y Juan José Millás, a los norteamericanos Bukowsky, Arthur Miller, Susan Sontag, Paul Auster, y de ahí a los ingleses Ian McEwan y Martin Amis, a los franceses Yourcenar, Duras, Houellebecq, y los alemanes Günter Grass y Peter Handke. Se publican también traducciones originales de Elías Canetti, Ernst Jünger, Karl Krauss, Norbert Elías. El nuevo siglo se abre como una interrogante.

Los cambios impulsados por la mano invisible del mercado han sido profundos en la industria editorial durante el nuevo siglo, al tiempo que en la literatura la multiplicación temática, la diversidad de tendencias, estructuras y formas narrativas, así como la multiplicidad de autores, hacen ya imposible fijar con precisión el gran tema, la gran narrativa, la gran novela, menos la gran poesía y aún menos la gran crítica.

En esta década a punto de finalizar continúan su producción literaria Rubén Bonifaz Nuño, Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco, los sobrevivientes de la Generación del Nuevo Siglo, los autores de la Generación de la Crisis nacidos en los años cincuenta y los muy variados autores de la generación de los sesenta —del *crack* al realismo sucio, de la novela policiaca a la del narcotráfico, y de la narrativa lineal de historias y vida cotidiana a la fragmentaria y posmoderna de Mario Bellatin—, pero se agrega una nueva generación, la de los nacidos en los años setenta, que se declara en la orfandad, sin padres o guías literarios.

Estos jóvenes acusan el agotamiento por rutina de los procedimientos de nuestra prosa novelística. La efectividad narrativa, la capacidad de fabulación, la emanación del idioma y el instinto narrativo —que hacen el estilo—, y el mismo contar bien una historia son ya, a su juicio, instrumentos convencionales insuficientes para tocar la esencia humana y “llegar al alma de las cosas” (Flaubert). Ante ello exigen una narrativa reticente, menos encaminada al reconocimiento y los premios, ajena a la moda y el gusto del público aunque resulte difícil para el lector. De la misma manera se juzgan ya limitados los temas mexicanos de los últimos veinte años: cierto reiterado costumbrismo urbano, la inclinación por las novelas noctámbulas, criminales y del narcotráfico; la indagación en las realidades políticas y los círculos del poder municipales o nacionales, las temáticas desérticas y fronterizas de la llamada narrativa del norte y la frecuente tendencia a la recuperación memoriosa de la infancia.

Entre estos autores figuran Gabriel Bernal Granados (1973), Tryno Maldonado (1977), Alberto Chimal (1970), Bernardo Esquinca (1972), Bernardo Fernández (1972), Julieta García González (1970), Jorge Harmodio (1972), Luis Felipe Lomelí (1975), Mayra Luna (1974), Alejandra Maldonado (1975), Alain-Paul Mallard (1970), David Miklos (1970), Eduardo Montagner (1975), Guadalupe Nettel (1973), Antonio Ortuño (1976), Antonio Ramos (1977), Pablo Raphael (1970), Juan José Rodríguez (1970), Ximena Sánchez Echenique (1979), Martín Solares (1970), Heriberto Yépez (1974), Gonzalo Soltero (1973), Vivian Abenshushan (1972), Ernesto Murguía (1972), Emiliano

Monge (1978), Rafael Lemus (1977), Federico Vite (1975), Mariño González (1975), Jaime Mesa (1977), Gabriel Wolfson (1976), Will Rodríguez (1970), Julián Herbert (1971), Fernando de León (1971) y Luis Jorge Boone (1977).

Con el dinero, el lucro y la rentabilidad en el corazón de la tarea editorial, el mercado avasalla y rige, establece percepciones y gustos de acuerdo con las ventas mientras desdén los empeños artísticos, esfuerzos estéticos. La complejidad del fenómeno lo emblematiza esa fórmula mercadotécnica llamada *Harry Potter* y sobre todo el caso de su autora J.K. Rowling, hoy la escritora más adinerada del mundo. El mercado puede promover a un clásico irrefutable o a un principiante inepto con los mismos mecanismos, y si el clásico no puede ser entrevistado, impulsado por campañas mercadotécnicas y promovido mediáticamente en la televisión y la radio o la prensa y las revistas, es probable que el escritor inepto y dispuesto acceda a esa publicidad y amplios tirajes, a contratos y agentes literarios, promoción y reconocimiento, cuando no de plano a un jugoso premio literario de esos repentinos, envidiables y muchas veces repetidos.

Por otra parte, el afán estético, el empeño literario genuino, la constancia en el esfuerzo y la perseverancia en la calidad y honestidad intelectual de una obra no garantizan ya nada a su autor. Y aunque no todo lo marginal y sin promoción sea gran literatura, ni todo lo publicitado y alentado por el mercado sea, por regla, narrativa deplorable, lo cierto es que el mercado modela percepciones y gustos.

De esta forma también se pierden los referentes comunes que podrían definir con alguna claridad un canon, un gusto, una ponderación estética colectiva y congruente. Ahí radica precisamente la labor de la crítica: mantener el esfuerzo necesario, continuar valorando, sopesando cotidianamente las obras. Se requiere, si no de un canon, sí del trabajo intelectual, el esfuerzo sensible y sistemático, el riesgo asumido de separar el trigo limpio de la paja literaria, el *best-sellerismo* de autoayuda o esotérico de la obra artística, el talento modesto, persistente de un autor, frente a la chabacanería o pedantería posmoderna de otro. La crítica es la conciencia que la literatura tiene de sí misma, y en esa medida no puede ser complaciente ni perezosa, aun si es poco leída y atendida. Decía Borges que leer es una actividad más intelectual que escribir. ¿Y qué es, a fin de cuentas, un crítico más que un buen lector llamando la atención de los demás hacia su lectura sensible y arriesgada?

Hoy, además de los estudios literarios y la lectura inabordable, otros temas exigen mayor actitud crítica, como

son las indagaciones ensayísticas y de periodismo cultural sobre la industria y el mercado editoriales, la ley del libro, los promedios de lectura, la situación de las editoriales y de los lectores. Una de las apuestas mayores para estos años es advertir, como lo dice Steiner, que hoy “no es la censura lo que mata la cultura: es el despotismo del mercado y los acicates del estrellato comercializado”. La ignorancia mediática que esplende orgullosa de serlo y la banalidad endiosada como espectáculo y negocio mirándose el ombligo. Si bien la cultura libresca siempre ha sido minoritaria y hoy no es conocida, disfrutada o ejercida a plenitud acaso ni por cinco por ciento de la población del país, con mayor razón hay que perseverar en ella, porque contra todo, en los libros se encuentra lo más decantado y lo mejor del pensamiento y la creación. Somos herederos, reproductores y usufructuarios de la cultura escrita, ya se ha dicho, y esa es la divisa a la que hay que atenerse, tal y como lo ha seguido haciendo, también, *Casa del Tiempo*, la revista de la UAM en su tercera y cuarta épocas.

Gran parte de la pérdida de centralidad del pensamiento y del alejamiento del humanismo viene precisamente del abandono o la falta de acceso a esos bienes imprescindibles que son la cultura escrita y la literatura. Perseveremos en ellas. •

Nota

¹ Todas las citas fueron tomadas de: Daniel Toledo Beltrán, “Casa del Tiempo: una larga trayectoria a favor de la difusión cultural, 1980-2007”, en *Casa del Tiempo*, vol. IX, época III, núm. 100, julio-septiembre 2007. (<http://www.uam.mx/difusion/revista-revcasa2007.html>)

Bibliografía

- Fernández Perera, Manuel, (compilador), *La literatura mexicana del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Universidad Veracruzana, 2008.
- Torres Medina, Vicente Francisco, *Esta narrativa mexicana*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, segunda edición, 2007.
- Carballo, Emmanuel, *Ensayos selectos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Blanco, José Joaquín, “Las novelas mexicanas en las décadas del entretenimiento puro”, México, en *Nexos* núm. 352, abril 2007.
- Maldonado, Tryno, (compilador), *Grandes hits vol. 1. Nueva generación de narradores mexicanos*, México, Editorial Almadía, 2008.
- Steiner, George, *La idea de Europa*, España, Ediciones Siruela, 2005.

ALEJANDRO DE LA GARZA MUNGUÍA. Periodista cultural. Primer lugar en el concurso de ensayo organizado por el Conaculta sobre la situación de la literatura juvenil en México. Columnista en la revista *Milenio Semanal*. Contacto: aladelagarza@hotmail.com